

McCusker, John J./ Morgan, Kenneth (eds.), *The Early Modern Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 369 p., ISBN 0521 78249X.

Introduction (John J. McCusker, Kenneth Morgan); Part I: The role of merchants and their connections; 1. Risk, credit and kinship in early modern enterprise (Peter Mathias); 2. Business networks in the British export trade to North America, 1750-1800 (Kenneth Morgan); Part II: The development of trades; 3. Property versus commerce in the mid-eighteenth-century port of London (Henry Roseveare); 4. Irish businessman and French courtier: the career of Thomas Sutton, comte de Clonard, c. 1722-1782 (Louis M. Cullen); 5. 'A revolution in the trade': wine distribution and the development of the infrastructure of the Atlantic market economy, 1703-1807 (David Hancock); 6. Law, credit, the supply of labour, and the organization of sugar production in the colonial Greater Caribbean: a comparison of Brazil and Barbados in the seventeenth century (Russell R. Menard); 7. The revolutionary impact of European demand for tropical goods (Carole Shammas); 8. The business of distilling in the Old World and the New World during the seventeenth and eighteenth centuries: the rise of a new enterprise and its connection with colonial America (John J. McCusker); Part III: Imperial economies; 9. France, Britain and the economic growth of colonial North America (Stanley L. Engerman); 10. Merchants and bankers as patriots or speculators? Foreign commerce and monetary policy in wartime, 1793-1815 (Patrik K. O'Brien); 11. America and the crisis of the British imperial economy, 1803-1807 (François Couzret); Part IV: Colonial working societies; 12. Emigration and the standard of living: the eighteenth-century Chesapeake (Lois Green Carr); 13. After tobacco: the slave labour pattern on a large Chesapeake grain-and-livestock plantation in the early nineteenth century (Richard S. Dunn).

Desde ambos lados del Atlántico, el norteamericano John J. McCusker y el británico Kenneth Morgan reúnen bajo su coordinación a trece prestigiosos especialistas de la historia económica moderna del ámbito anglosajón. Las novedosas aportaciones de los autores son de temática amplia y diversas las metodologías empleadas, si bien el denominador común es la actividad económica trasatlántica entre Gran Bretaña y sus posesiones coloniales americanas, tanto en sus aspectos más propiamente comerciales, como en los relacionados con la producción, las relaciones laborales y las implicaciones sociales y políticas, siguiendo la estela fecunda de Jacob M. Price, a quien se dedica esta obra. El título del libro refleja la riqueza de planteamientos y objetos de estudio con un genérico *La economía atlántica de la Edad Moderna*. Tal vez un subtítulo ayudase a identificar este libro como una colección de artículos, evitando posibles confusiones.

McCusker y Morgan dividen las contribuciones en cuatro partes. En la primera dos artículos se adentran en el imprescindible concepto de red dentro de la actividad comercial, que por su propia naturaleza, especialmente en este comercio transoceánico, es asunto nuclear en las investigaciones de historia del comercio. La segunda parte es la más variada y numerosa, con estudios

específicos sobre negocios y coyunturas concretas. La tercera reúne tres artículos relativos a la interacción de las grandes tendencias de la política internacional y el desarrollo de la economía atlántica. Por último, la cuarta parte concluye la obra con dos contribuciones sobre los aspectos socioeconómicos y laborales de la economía colonial.

Los dos artículos de la primera parte tratan sobre comerciantes y redes de negocio desde un punto de vista de reflexión general el uno y sobre un estudio específico el otro. Peter Mathias, de la Universidad de Cambridge, reflexiona sobre el importante papel que el entramado de relaciones de parentesco y afinidad regional o religiosa jugó en el acelerado desarrollo de las actividades comerciales trasatlánticas. La misma naturaleza del negocio intercontinental hacía muy difíciles las relaciones personales directas entre los actores económicos, siendo corriente el trato con desconocidos de operaciones en las que el riesgo era una variable siempre presente. En este contexto de riesgo e interlocutores sin rostro, el "crédito moral" de parientes o afines poseía un gran valor, lo que explica en parte el éxito comercial de grupos como los cuáqueros, los judíos o los escoceses. Kenneth Morgan sigue esta estela en el análisis de las redes comerciales británicas de exportación a Norteamérica en la segunda mitad del siglo XVIII, un período en el que a pesar de la adversidad de las coyunturas políticas de las crisis bélicas franco-británicas y especialmente de la guerra de independencia de Estados Unidos, se caracterizó por un notable fortalecimiento de las relaciones entre comerciantes, agentes e industriales a ambos lados del océano; las oportunidades generadas por un mercado norteamericano en ebullición fueron en definitiva más poderosas que las vicisitudes políticas.

Las contribuciones de la segunda parte constituyen un variopinto repertorio de estudios sobre diferentes actividades comerciales vinculadas a la economía atlántica. Así, David Hancock, de la Universidad de Michigan, descubre una verdadera revolución comercial en la distribución del vino de Madeira en las colonias norteamericanas; un negocio en el que se introducen conductas y procedimientos novedosos, como los contactos personales en las ventas o la prospección de la opinión de los consumidores. Carole Shammas, de la Universidad de Southern California, pondera el impacto que la creciente demanda europea de los llamados ultramarinos o productos tropicales, tales como el azúcar, el tabaco, el chocolate o el algodón, tuvo sobre las formas de organización productiva y comercial que se generaron en el mundo colonial, en una dinámica en la que, según la autora, tuvo mucha más influencia la fuerza del mercado que las planificaciones gubernativas. Russell R. Menard, de la Universidad de Minnesota, compara precisamente dos modelos de producción azucarera, el del Brasil portugués y el Barbados inglés, explicando la divergencia entre la producción dispersa del primero y la concentrada del segundo por las diferencias derivadas del suministro de esclavos, del acceso al crédito y de la protección jurídica de los compromisos financieros. La

comercialización a gran escala de azúcar en el mercado europeo tuvo precisamente una gran influencia en el desarrollo de otro importante negocio, el de las bebidas alcohólicas destiladas; John J. McCusker estudia el nacimiento de esta nueva industria a principios del XVII, que encontró una demanda creciente en los mercados del norte de Europa y que pronto se implantó con notable éxito en Norteamérica, donde se llegó a superar los niveles de consumo del Viejo Mundo. Henry Roseveare, del King's College de Londres, analiza una pieza fundamental en todo este engranaje como es la de los sistemas portuarios, concretamente el caso de la crisis de crecimiento que vivió el puerto de Londres en las décadas centrales del setecientos, en un contexto en el que la hegemonía del puerto londinense fue seriamente erosionada por el desarrollo de los puertos de la costa occidental de la isla. Hay que señalar finalmente la contribución biográfica de Louis M. Cullen, del Trinity College de Dublín, sobre el conde de Clonard, el irlandés Thomas Sutton, que ilustra brillantemente el tipo humano que protagoniza la empresa intercontinental, un hombre de negocios que desarrolla su actividad en Francia, tejiendo a su alrededor una red de vínculos económicos y familiares, emparentando con la nobleza y relacionándose con la maquinaria del Estado.

Los autores de la tercera parte se interesan por asuntos económicos estrechamente ligados a la historia política internacional del convulso final del Antiguo Régimen. Stanley L. Engerman, de la Universidad de Rochester, reflexiona sobre los modelos de colonización y desarrollo que a largo plazo emprendieron en América durante los siglos XVII y XVIII Inglaterra y Francia. Ambas potencias se movieron a impulsos del mercantilismo en la construcción de sus imperios coloniales, que conocieron un florecimiento simultáneo durante el siglo XVIII, entrando en crisis a finales de la misma centuria, cada uno por sus particulares circunstancias históricas. La diferencia que Engerman halla en la divergente suerte de ambos sistemas coloniales es que, tras los fracasos bélicos, el Reino Unido sí supo mantener tanto el negocio caribeño como, sobre todo, las relaciones comerciales y de toda índole con la nueva república americana mientras que Francia no supo dar una continuidad semejante. En otro orden de cosas, Patrick K. O'Brien, de la London School of Economics, examina la política monetaria británica y el comercio exterior durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, cuando el tráfico internacional se volvió ciertamente precario; O'Brien defiende que la política monetaria del Gobierno, del Banco de Inglaterra y de la comunidad mercantil en general supuso un elemento eficaz para la seguridad del país y el crecimiento y estabilidad de la economía británica en tiempo de guerra, en contra de la crítica de la época, traspasada a la historiografía, de que tal política respondió a intereses especuladores y antipatrióticos. En ese mismo contexto histórico, François Crouzet, de la Sorbona, la única firma no anglosajona de la obra, estudia el importante papel que adquirió el comercio y la marina

mercante estadounidense ante la situación bélica europea, derivada de su condición de potencia neutral.

El libro concluye con dos artículos sobre trabajo y condiciones de vida en la América anglosajona, que constituyen la parte cuarta y última. Lois Green Carr, de los Archivos Estatales de Maryland, analiza el estatus socioeconómico y la calidad de vida de los inmigrantes británicos en el Chesapeake, distinguiendo claramente un modelo propio del siglo XVII y otro del XVIII. Así, mientras que en el siglo XVII, la calidad de vida de los inmigrantes era algo menor a los estándares de la metrópoli, normalmente su condición social y económica y su acceso a la propiedad mejoraban. En el siglo XVIII por contra, los inmigrantes se encontraron con una calidad de vida similar y en muchos casos notablemente superior a la de Gran Bretaña, pero con unas posibilidades de desarrollo social notablemente disminuidas. Finalmente, Richard S. Dunn, de la Universidad de Pennsylvania, investiga el modelo de trabajo esclavista en una plantación del Chesapeake a comienzos del siglo XIX, cuando se produce en muchas comarcas una transición de la monoproducción tabaquera a una explotación agropecuaria más diversificada, mediante el estudio específico de la plantación de los Tayloe en Mount Airy, que llevó a cabo unas estrategias empresariales que la hicieron destacar en su contexto.

John J. McCusker es Profesor de Historia Americana y de Economía en la Trinity University de San Antonio (Texas) y Kenneth Morgan es Profesor de Historia en la Brunel University de Londres. Sus dilatadas bibliografías abarcan numerosas cuestiones relacionadas con el mundo del comercio y las finanzas internacionales angloamericanas de los siglos XVII y XVIII.

Rafael Escobedo Romero
Universidad de Navarra

Melón Jiménez, Miguel Ángel, *Hacienda, comercio y contrabando en la frontera de Portugal*, Cáceres, Cicon, 1999, 320 p., ISBN 84-95371-01-4.

A modo de Prólogo (Carlos Martínez Shaw); Introducción; 1. La frontera, los hombres y los documentos; 2. De las imprecisas fronteras medievales a los límites del Imperio; 3. El sistema aduanero de la Hacienda ilustrada y el tráfico de mercancías; 4. La vigilancia del espacio fronterizo; 5. Al lleno de la luna y al margen de la ley. Contrabando y contrabandistas en la frontera de Portugal; Conclusión; Apéndice documental; Apéndice estadístico; Mapas; Archivos y fuentes documentales; Bibliografía.

La frontera entre España y Portugal ha marcado de forma decisiva la evolución histórica extremeña, especialmente en los aspectos más directamente relacionados con las actividades económicas y la fiscalidad. Miguel